

antes habia tenido por D. Benito Juarez! ¡Iba á ver de cerca á aquel genio en la guerra, á aquel Cincinato en la política, que habia preferido labrar la tierra, á todas las distinciones de su alta posicion militar! ¡Iba por último á estrechar aquella mano honrada en la administracion de los fondos que habian servido para la guerra, la que habia dado cuenta al gobierno con un sobrante de trescientos mil pesos, único ejemplo en nuestra historia patria, y puede que el único tambien en todos los países del mundo que han tenido sacudidas semejantes á las nuestras!

En fin, mi sueño dorado, una de mis mas apetecidas ambiciones iba á lograrse. Antes de cinco minutos iba á verme frente á frente de aquel hombre que representaba para mí el ideal del patriotismo y de todas las virtudes republicanas.

Llegamos á la puerta, entramos al corredor de la casa, fuimos anunciados, no causó sorpresa nuestra visita, porque ya se habia dado aviso de ella por el correo seguramente: el general nos recibió bondadosamente, casi con la llaneza de antiguos amigos, invitándonos á tomar posesion desde luego de su casa, como si fuera la nuestra, y despues de una conversacion amena, sobre diferentes materias, demostrando ser en todas ellas muy entendido, afrontó la cuestion política diciéndonos:

—Sé que vienen vdes. comisionados por todos mis amigos de accion que viven en México, y que están ansiosos de entrar en combate.

—Es verdad, le contesté: nuestras credenciales so-

CAPITULO VII

SATISFACTORIO.

No bien tomamos un refrigerio y nos sacudimos un poco el polvo, cuando salimos á la calle conducidos por un cicerone que nos encaminó á la casa de nuestro querido caudillo.

Confieso que el corazon me palpitaba con tal fuerza como el dia en que hice la primera declaracion de amor á mi novia, ó como tambien aquel otro muy solemne, en que comparecí á hacer mi exámen de abogado, delante de los respetables viejos que formaban el tribunal de justicia de Guadalajara. ¡Iba á conocer al hombre que habia sustituido en mi corazon todo el culto que

mos nosotros mismos, que venimos ampliamente facultados para decir á vd. cuál es la situación y preguntarle si está dispuesto á servirnos de jefe en la revolución que va á iniciarse.

Brusco fué el ataque, pero el general no se deconcertó, y para darnos una respuesta mas satisfactoria, mandó llamar á Mena que se encontraba en su despacho, y le dijo:

—Leámos vd. el plan político que hemos redactado.

—General, contestó el gigantesco Pancho Mena, he dividido en tres la copia que sacamos en limpio y ya he mandado las dos primeras á Benitez, aquí tengo la tercera tira que voy á mandar en el próximo correo, pero de aquí no podemos sacar nada ni nosotros mismos que conocemos la historia, porque no son mas que palabras sueltas.

—Es el medio de que nos hemos valido, dijo el general dirigiéndose á nosotros, para que si llega á caer una de las tiras en poder de los agentes del gobierno no puedan enterarse de nuestros planes.

—Veremos aunque sea el borrador del plan insistí yo, mirando fijamente á Mena.

Este se turbó un poco y contestó:

—Rompí todos los borradores.

—¿Y si llegara á perderse una de las tiras?

—Entonces haríamos un nuevo plan, contestó el general; es tan sencillo, que no necesita más trabajo que reducirse á términos el pensamiento. Udes. pueden hacerlo. Mi plan es no dar plan revolucionario ninguno, sino solo generalidades que no abarquen ningun

compromiso para el porvenir. En el plan que hemos mandado á Benitez explicamos sencillamente las causas y razones generales que tenemos para derribar el gobierno de Juárez, dejando al país en libertad para que nombre nuevas autoridades. Del mismo modo será conveniente que recomienden vds. á todos los jefes, que no den programas, sino sencillas manifestaciones al país y á sus subordinados, explicándoles los motivos de la guerra.

Mena, que seguramente estaba obrando de acuerdo con Benitez en todo lo que se relacionaba con los planes políticos del general Diaz, creyó quizás que no comprometia la lealtad que debia á aquel dándonos á conocer algo y nos trajo un fragmento del plan que habia escrito.

Tanto yo como Muñoz Silva aplaudimos aquella sencillez.

—Ahora lo que les recomiendo, agregó el general, es que vds. poniéndose de acuerdo con Zamacona y Ramirez me pongan eso en buen castellano, cuidando de no desvirtuar el pensamiento. Pueden quitar ó añadir palabras con tal que el fondo sea siempre el mismo.

Nos despedimos muy satisfechos de nuestra entrevista y prometiendo volver á dar el último adiós á nuestro caudillo, nos dedicamos á visitar la población que nos pareció bastante hermosa.

Al dia siguiente, domingo, fuimos á una loma inmediata, en donde era el paseo, y desde allí pudimos

admirar la perspectiva que presenta el valle de Oaxaca, que es sin disputa uno de los más hermosos y de los más pintorescos. El paisaje nos pareció más variado y más vivo que todos los mejores paisajes que han salido de las paletas de los más reputados artistas, porque ese paisaje tan bello fué formado por el mismo Dios.

Los plantíos que se divisan desde allí, en los meses de las lluvias en que está todo verde y risueño, tan bien regados, de tan esmerado cultivo y de tan exuberantes proporciones, hace fijarse la atención en los beneficios que puede proporcionar en toda esa zona la agricultura. En efecto, de uno á otro extremo se ven aquí y allí grandes extensiones de terreno divididas en diversas y ricas plantaciones, notándose el cuidado del verdadero é inteligente labrador.

El gobernador, un hermano de general, á quien llamaban el Chato Diaz, nos entregó el día siguiente algunas credenciales de diputados de los que habian resultado electos viviendo en México, como Roberto Esteva, Felipe Buenrostro, Jesús Alfaro, Manuel de Zamacona, etc. Esto debería servirme para el caso de que se me aprehendiera, pues que á los agentes juaristas y al mismo Juárez en caso ofrecido podia decirles: "Yo mismo quise traer las credenciales de mis amigos, por temor de que vds. las extrajeran de las oficinas del correo." El gobernador Diaz nos aseguró, además, que iriamos escoltados hasta los límites del Estado de Oaxaca.

Lo que nos causó mas satisfaccion fué ver las tro-

pas y los elementos materiales de guerra de que se disponía. En la plaza vimos maniobrar á dos cuerpos de infantería de unas 1,000 plazas, y en la maestranza vimos algunos centenares de granadas y de botes de metralla para la artillería. Calculamos á la simple vista que el general Diaz podia sacar de allí tres mil infantes, quinientos caballos y doce piezas de artillería perfectamente dotadas de municiones.

En nuestra entrevista de despedida estuvo mas cariñoso y mas explícito: nos aseguró que se pondría al frente de la revolución, lo cual podiamos asegurar á todos nuestros amigos y nos dió la comision de organizar los elementos de la frontera, entregándonos algunas cartas para los jefes Treviño, Naranjo y Pedro Martínez. Verdaderamente Juan Muñoz Silva se encargó de ver de parte del general Diaz á los primeros y yo de mover al último cuando me pareciera conveniente, puesto que ya de antemano estábamos en combinacion.

Las facultades que nos dió el general para trabajar por nuestra causa en la frontera, fueron sin limitacion de ninguna clase. En su nombre debiamos impulsar á todos los liberales que quisieran seguir nuestra causa que era la causa de las reparaciones y la libertad, ofreciéndoles todo lo que fuera decoroso y justo ofrecerles. A nuestra discrecion y á nuestra destreza quedaba encargado un levantamiento general en la frontera del Norte.

Estos encargos se dan á cualquier partidario que quiere lanzarse á los peligros en épocas de revolución,

pero nosotros que éramos bisoños las aceptamos como la honra mas distinguida. Lo ménos que podia sucedernos era que los agentes del gobierno nos encontraran las cartas de que éramos portadores y se nos encerrara en una prision por meses y acaso por años, si no se consideraba mas conveniente suprimirnos por medio de la *ley fuga* ó de una condenacion á muerte entre platillo y platillo, como se daban entónces las sentencias por los ministros escribiéndolas sobre las mismas mesas de los banquetes; pero á nosotros se nos daba un bledo todo esto y nos pavoneábamos creyéndonos unos héroes de novela al arrostrar todos aquellos peligros.

El general Diaz nos prestó sus caballos y nos dió de guía á uno de sus mozos de confianza que habia de acompañarnos hasta la frontera del Estado.

Cuando salimos de su casa le dije á Juan Muñoz Silva, que ya habia sido su compañero y amigo cuando fueron ambos diputados en el Congreso.

—Me agrada mucho nuestro caudillo.

—No te lo habia dicho? Es simpático y fascinador

—Me ha parecido que tiene gran inteligencia, ojo perspicaz para conocer á los hombres, rapidez de concepcion para abarcar cualquier negocio, llaneza en sus modales que me parece natural y no afectada, resolucion para obrar una vez colocado en cualquier camino, audacia para las empresas, astucia para dirigir las, y sobre todo, una saludable ambicion por el mando supremo.

—Me parece que no te equivocas en tus juicios.

—Si se contara únicamente con su arrojo y con su habilidad, desde luego el triunfo estaria garantizado; pero me temo que profese demasiado cariño al poder, y los hombres ambiciosos suelen cegarse una vez lanzados al terreno de las combinaciones. Se encelan de los demás hombres que valen y pierden los estribos.

—Tu mismo verás como el general Diaz es muy sereno.

—Si; en la guerra, pero en la política. . . .

—Ya tendremos oportunidad de juzgarlo.

Estas y otras conversaciones nos entretuvieron en nuestra corta permanencia en Oaxaca. Nos despedimos de los amigos que nos habiamos hecho ya muy rápidamente, porque los oaxaqueños son comunicativos, francos, hospitalarios y hasta estremosos con los porfiristas á quienes ven como hermanos, pues Porfirio es allí el padre de todos: le dimos tambien nuestro adios á Pancho Mena, á quien algun tiempo despues le deciamos Menota en nuestros periódicos satíricos, y salimos de la ciudad, no sin experimentar un profundo sentimiento de tristeza. Nos figurábamos que no habiamos de volver nunca á estrechar la mano de aquellos amigos, ni á contemplar los rostros hechiceros que habiamos visto en los balcones y ventanas, de las hermosas oaxaqueñas, ni á respirar aquellas brisas frescas y embalsamadas, ni á solazarnos con los poéticos y dulces panoramas que se divisaban por todas partes. Así fué en efecto, Juan murió todavía jóven y yo no he vuelto y sabe Dios si ya no volveré.

Se habian despedido cerca del río las últimas perso-

nas que se sirvieron acompañarnos y nosotros seguimos con intrepidez nuestro camino adelante. Llegamos a la rivera, el guía entró al agua montado y nosotros le seguimos, con toda la confianza que da la ignorancia del peligro.

Aquel que habíamos visto cuatro días antes como un riachuelo insignificante, que pudimos vedear sin tener que alzar mucho las piernas para no mojarlos, era ahora no solo un río caudaloso sino formidable qua teníamos que cruzar á nado.

El ímpetu de la corriente volteó primero á mi compañero Juan Muñoz Silva con todo y caballo, y fué tal el susto que llevó, que abandonó la cabalgadura á su suerte y se volvió á la orilla de la cual estábamos todavía muy próximos, sin que valieran las instancias ni los ruegos para volver á emprender la marcha.

Como solo tenía fé en el caballo que yo montaba que era conocedor de los vados del río y práctico en aquellos peligros, sé lo cedi por tal de que no retardáramos más nuestro viaje, del cual consideraba yo que estaba pendiente la felicidad de la República.

Nuestro segundo impulso fué coronado del mejor éxito: llegamos á la otra orilla aunque empapados de la cabeza á los piés, y lo que era mas negro aún, chorreando agua nuestras maletas en que iban nuestras sábanas y demás ropa de refuerzo.

Llegamos á poco á la posada, hicimos que fueran esprimidas y puestas á secar al fuego todas nuestras prendas y nosotros nos metimos en las malas camas provisionales que pudimos proporcionarnos, cenando

allí escaramados con el mayor placer y el más grande apetito.

Esa clase de aventuras eran las que formaban en aquel entónces nuestro principal elemento.

En Puebla nos dijeron que ya el gobierno tenia conocimiento de nuestro viaje político y que la policía estaba preparada para ajustarnos las cuentas. Nos disfrazamos de charros pobres y entramos á México por el ferrocarril en wagoes de tercera clase. Apenas osábamos hablarnos temiendo ser reconocidos. . . . Algun agente se acercó á nosotros y me levantó el sombrero que traia sumido hasta las cejas. . . .—¿Qué hay, *vale?* le dije, y siguió inspeccionando á los demas pasajeros.

Media hora despues estábamos muy tranquilos en nuestras casas.